

DOCUMENTO 2

MULTICOLOR



“EL DUO DE LA AFRICANA”

—Vente conmigo y no temas
estos lugares dejar,
que la que aquí es candidato
reina en Colombres será.

—¡Ay qué cosas dices,
estoy muy nerviosa;
basta ya, Porfirio,
deja de esas cosas.

—Esas ilusiones
no has de realizar;
yo á las elecciones
me voy á luchar.



REGISTRADO COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE EL 22 DE MAYO DE 1911

Caricaturista.
Ernesto García Cabral

Director.
MARIO VITORIA

Caricaturista.
Santiago R. de la Vega

Año I

México, 8 de junio de 1911

Núm. 4

LA OPINION

¡Pobre Carolina mía!
¡Nunca la podré olvidar!
Ved lo que el mundo decia
Viendo el feretro pasar.
CAMPOAMOR.

Cuando Madero venia
de reñir y de triunfar,
ved lo que el mundo decia
viéndolo en coche pasar.

Un rebelde.—El Presidente.
Pineda.—Mi desazón.
Un "briago."—El del aguardiente.
Los gendarmes.—El patrón.

Una muchacha.—¡Qué feo!
Una vieja.—¡Qué chaparro!
Un cesante.—¿Tendré empleo?
Calero y Sierra.—Yo amarro.

—Fío en ti—dicen los buenos.
Sus amigos.—Triunfé ya.
Mientras que algunos, los menos,
Se preguntan: ¿cumplirá?



No soy yo nadie para distin-
guir á las mujeres bonitas!

.....

—¿Qué te pasa, hombre?
—Nada, chico: que acabo
de seguir á una mujer con
cuerpo de tentación y cara
de arrepentimiento.

EL TENORIO POLÍTICO



ESCENA XII

hidalgo.
Reyes.—(A MADERO). Lo mismo digo, hidalgo: para un amigo tengo yo escrita pagada.
M.—Que esta es mía, es verdadero.
R.—Mía es por las mismas leyes.
R.—Luego sólo Bernardo Reyes.
R.—¿Seréis vos Pancho Madero?
M.—Puede ser.
R.—La prueba aguardo.
M.—¿No os fiáis?
R.—¡No!
M.—Yo tampoco.
R.—Pues no hagamos más el coco.
M.—Soy Francisco.
R.—Yo Bernardo.
—[Reyes]. ¡Pancho!
M.—¡Caballeros!
R.—¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es esta?
—Sabíamos vuestra apuesta y hemos acudido á veros.
R.—Madero y yo, tal bondad en mucho os agradecemos.
M.—El tiempo no malgastemos.
—[Los sillars arinad.
Caballeros: yo supongo (a los que están lejos)
que á ustedes también aquí les trae la apuesta, y por mí á antojo tal no me opongo.
R.—Ni yo, puesto que además de nosotros la cuestión interesa á la Nación y al mundo entero quizás.
M.—Hablad, que el orbe es testigo de que hipocrita no soy y dondequiera que voy va Juan Azcona conmigo.
R.—¿Estamos listos?
M.—Estamos.
R.—Como quien somos, cumplimos.
Veamos, pues, lo que hicimos.
M.—Behamos antes.
R.—Behamos. (Behen... Parras).
M.—La apuesta fué...
R.—Parque un día dije yo que en la frontera no habría nadie que hiciera lo que un servidor haría.
M.—Y yo, como buen ranchero, diñerí en el parecer

lo que hará Pancho Madero
—(No es así?)
R.—Justo.
M.—Hablad, pues.
R.—No, vos debéis empezar.
M.—Como giñéis, igual es, que nunca me hago esperar.
Pues señor, me dije: aquí no es vida la que yo llevo y cambiárla resolví: con tal motivo emprendí la lucha en «México Nuevo». Después una convención vió en mí el hombre de sus miras y hué de hacer varias liras que á poco dan ocasión de que á mí me hiciesen tiras.
En Puebla á mi apuesta fiel fijé este hermoso leterero (que es lo mismo que cartel): «Aquí está Pancho Madero y debéis votar por él». De aquellos días la historia no es oportuno que toque: remite á la memoria que dejó allí mi oratoria y la de mi amigo Roque. Mis vehemencias claridosas, las gentes siempre chismosas, y el soplo de un Don Cualquiera hicieron que yo me viera en las prisiones odiosas. Salí de San Luis por fin, como os podéis figurar, con un disfraz harto ruin y á lomos de un mal rocín, pues me querían ahorcar. Fuíme á tierra americana, conseguí armas y dinero y en una hermosa mañana dije: ya volvió Madero porque le dió la real gana.
Tuve suerte colosal, puesto que apenas volví me encontré con un Pascual valiente como un chahal que lo hizo todo por mí. A quien quis, derroqué; con quien quis, combatí. Yo en Ciudad Juárez entré, en Casas Grandes corrí, y en todas partes dejé vales firmados por mí. A esto Pancho se arrojó

¿Cuanto de esta parte está cuanto consiguió, y lo que él aquí escribió, mantenido está por él.
R.—Leed, pues.
M.—No, olgamos antes vuestros bizaros extremos, y si traéis terminantes vuestras notas comprobantes, lo escrito cotejaremos.
R.—Decís bien, cosa es que está, Pancho, muy puesta en razón, pues á mí ver, mucho va de una á otra relación.
M.—Empezad, pues.
R.—Allá va.
Buscando yo, como vos, para mi acción grande esfera, dije: ¿do iré prive Dios de mis anhelos en pos sino á la rica frontera? Y funcioné en Nuevo León de gobernador non grato, hasta que el viejo Barrón creyó que era la ocasión de ser vice-candidato. Dejé que me postulara todo aquel que lo intentó; mas como se me obligara al fin á sacar la cara, tuve que decir que no. La negativa que di un paso fué inoportuno y de resultados perdí los adeptos que adquirí poco á poco, uno por uno. En un total carestía de amigos, (hasta en la tropa), lo que me dolió á fe mía!, creí que me convenia irme á pasar á Europa. Y con una comisión que me servía de «capa», fuíme de una á otra nación y tuve allí la ocasión de hablar hasta con el Papa. Por dondequiera que fui, admiraron mi tupé, pistola-able inventé, á todo el mundo embarqué y del barco me salí. Mi causa estaba perdida; mas he tenido paciencia y á ser feliz me convida

con la bella Presidencia. A esto Reyes se arrojó y escrito en este papel está lo que consiguió, y lo que él aquí escribió, mantenido está por él.
M.—La historia no es semejante y gano yo en la balanza: mas vamos á lo importante que es el quíntimo á que alcanza el papel; conque adelante.
R.—Razón tendéis, en verdad. Aquí está el mío; mirad, por una línea apartadas las partidas consignadas para mayor claridad.
M.—Mis apuntes arreglados también yo los traigo iguales: en dos líneas separados los vales provisionales y los recibos firmados. Conque contad.
R.—Cuatro mil.
M.—Son los muertos.—A ver vos.
R.—Los muertos del 2 de abril.
M.—Gané, mas aún debo hablaros, perdonaréis la imprudencia, porque pues vais á casaros mañana, pienso quitáros á la bella Presidencia.
R.—Decís que vais á intentar...?
M.—Eso, lo que oído habéis.
R.—Ved, Pancho, lo que emprendéis.
M.—Lo que, al fin, he de lograr.
R.—¡Fito!
F.—¡Papa!
R.—Ven acá.
(Habla Reyes en secreto á Rodolfo y éste se va precipitadamente).
M.—¿Vázquez?
V.—Señor.
M.—Ven aquí.
(Madero habla en secreto á Vázquez Gómez y éste se va precipitadamente).
R.—¿Estáis en lo dicho?
M.—Sí.
R.—Pues va la vida.
M.—Pues va.
Por el destrcon.
GÓRRITZ.